

Capítulo ocho

Carlos y Jaime siguieron corriendo hasta no poder más. Dejaron de correr cuando vieron un parque. Se cayeron porque estaban tan cansados. Era difícil respirar. Les dolían las piernas y los pies. Estaban muy cansados. Tenían mucho calor. Tenían mucha sed.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Carlos—. Tenemos muchos problemas de nuevo. No tenemos donde pasar la noche y tampoco tenemos dinero.

—Por lo menos no tenemos hambre porque comimos bastante en la casa de la abuela —le contestó Jaime—. Me alegro mucho de eso.

—¿Qué mujer tan extraña, ¿no? —le dijo Carlos.

—Sí. Esa mujer me dio mucho miedo. Me asustó muchísimo —le respondió Jaime.

Los dos jóvenes se quedaron un rato en el parque. No sabían exactamente dónde estaban. Sólo sabían que estaban en un parque en Puerto Rico. Había muchas tiendas y al-

gunas casas pero las tiendas estaban cerradas. También había algunos restaurantes y bares cerca. Oían la música salsa que llegaba desde los bares y olían el aroma de la comida de los restaurantes.

Carlos y Jaime se sintieron muy tristes. No sabían qué hacer para resolver el problema. Ya era de noche y no tenían donde dormir. ¡Qué problema tan terrible!

—¡Quiero volver a Ohio! —gritó Jaime—. Puerto Rico es hermoso e interesante. Tiene un clima agradable y la gente aquí es muy simpática. Pero quiero regresar a Ohio.

—Extraño todo de Ohio. Yo también quiero volver ahora —dijo Carlos—. ¿Pero dónde está el lugar de los cruceros? Debemos encontrar el lugar de los barcos.

—No lo sé yo —le respondió Jaime— pero tenemos que encontrarlo para poder tomar el crucero mañana.

—Debemos preguntarle a alguien —le dijo Carlos—. Debemos preguntarle a una de esas personas que están sentadas enfrente de ese restaurante.

Carlos y Jaime se acercaron al restaurante. Se acercaron a una pareja que estaba ceniendo delante de uno de los restaurantes.

—Disculpen —les dijo Carlos—. ¿Saben dónde estamos?

La mujer se rió. El hombre pareció enojado.

—Lárguese de aquí —les dijo el hombre.

—Seguramente sólo quieren dinero —le dijo el hombre a su esposa.

Carlos empezó a salir. Tenía mucha vergüenza porque el hombre pensó que ellos sólo querían dinero. Carlos sabía la razón por la cual ellos pensaron eso. Los dos parecían vagabundos. Tenían la ropa muy sucia. No se ducharon en Puerto Rico. Era obvio que parecían vagabundos.

Jaime no se alejó. Se quedó. Le dijo al hombre:

—Caballero, nosotros no somos vagabundos. No somos de Puerto Rico y estamos perdidos. Por favor, ayúdenos. Saldremos mañana en un crucero pero no sabemos adónde ir para tomarlo. Por eso necesitamos su ayuda.

El hombre pareció muy sorprendido. Les dijo:

—Ese lugar queda a unos 12 kilómetros de aquí. Miren esa calle. Caminen por esa calle 12 kilómetros hacia el norte y van a llegar al lugar que buscan.

Jaime y Carlos comenzaron a caminar. Faltaban 12 kilómetros para llegar al lugar. Tenían sed y hambre.

—Nada puede ser peor —le dijo Jaime.

Empezó a llover. Llovía mucho.

—Es lo único que nos faltaba —le dijo Carlos—, un huracán.

—No es tan malo. Sigue caminando. Un poco de lluvia no nos va a hacer daño —le respondió Jaime.

Carlos hizo lo que dijo Jaime. Siguió caminando. Jaime tenía razón. Un poco de lluvia no les iba a hacer daño.

Un poco de lluvia no les iba a hacer daño pero demasiada lluvia les iba a causar muchos problemas.

Llovía y llovía. La lluvia estaba muy fría. Jaime y Carlos estaban muy mojados. Se sentían como ratas muertas. Pero seguían caminando. Caminaron muy despacio a cau-

sa de la lluvia pero seguían avanzando. Sabían que tenían que llegar al barco. Querían regresar a casa.

Caminaron durante una hora bajo la lluvia. Llovía muchísimo. Estaban tan cansados. Buscaron protección de la lluvia o un lugar donde podían descansar pero no vieron nada. Después vieron algo. Era una iglesia pequeña. Las luces estaban prendidas. Los chicos pensaban que había alguien en la iglesia que los podía ayudar.

Carlos y Jaime corrieron a la iglesia. Tocaron a la puerta de la iglesia. Nadie abrió la puerta. Tocaron otra vez. Nadie respondió.

—No hay nadie aquí —le dijo Carlos—. Estoy tan cansado.

—Yo también estoy demasiado cansado —le dijo Jaime—. Vamos a descansar un poco aquí en la iglesia. Adentro no está lloviendo. Podemos dormir un rato.

—Buena idea —le contestó Carlos.

Los dos jóvenes se sentaron en la iglesia. La iglesia no era el hotel Hilton. Tampoco era el Motel 6. Pero era un lugar seco. En cinco minutos los dos se quedaron dormidos.